

Publicado en *El cortejo de Afrodita. Ensayos sobre literatura hispánica y erotismo* [Actas del Segundo Coloquio Internacional de *Erótica Hispana*], *Analecta Malacitana*, anejo 11 (Málaga, 1997), 105-114.

Pasado, presente y perspectivas del teléfono erótico

Daniel Eisenberg

Vivimos, como en todas las épocas, un momento de crisis. Hemos superado, espero, la amenaza de autodestrucción por bombas nucleares con que vivíamos en mi juventud. Pero vivimos ahora una aguda crisis de un exceso de gente, de sobrepoblación, con la consecuente contaminación y sobrecargo del medio ambiente.

También vivimos una crisis de enfermedades de transmisión sexual. Tuvimos un pequeño momento de descanso, en los años sesenta, cuando los antibióticos—un descubrimiento relativamente reciente, de los años cuarenta—vencieron las dos grandes enfermedades venéreas de entonces, la gonorrea y la sífilis. En combinación con la pastilla anticonceptiva, convirtieron los años sesenta y setenta en una fiesta de libre sexualidad—una libertad moderada, pero innegable—tal que dudo que volvamos a ver durante muchos años todavía. Es posible que no la veamos nunca más.

Dada la consecuente promiscuidad, y el desuso de los condones, considerados innecesarios, las enfermedades virales de transmisión sexual avanzaron espectacularmente. Aun antes del SIDA estábamos en una situación muy deprimente. Por un lado hay la hepatitis, que puede ser mortal, el papiloma, que ha causado la presente epidemia de cáncer cervical, y los herpes, que no matan sino al recién nacido, pero amargan la vida. Y por encima, la enfermedad asesina que ha tenido mucha publicidad porque ha afectado a personas de clase media y alta. Hemos llegado a la horrible situación, la pesadilla de que un acto de amor te puede matar, y tú puedes transmitir esta muerte a tu pareja sin saberlo. Y

peor todavía, no hay manera de saber si una posible aventura representa un riesgo o no. Ni un médico te puede informar. El test del SIDA sólo indica la presencia de anticuerpos seis meses después del contagio.

Los sexólogos no saben qué aconsejar, y hay un debate en este momento sobre ello. El preservativo no es una solución perfecta: no ofrece ni ha ofrecido nunca una protección total contra el embarazo, ¿por qué la ha de ofrecer contra las enfermedades? Ahora bien, ayuda muchísimo. De allí la paradoja: si disminuye el riesgo en un 98% por ciento, o la cifra que sea, ¿qué aconsejar y qué hacer? ¿Aconsejar su uso, y aceptar el 2% de riesgo de una infección mortal, o desaconsejarlo y aceptar que haya más gente que no lo usen? ¿Subiríamos a un avión que tuviera el 2% de riesgo de siniestrarse? Por otro lado, el coito con preservativo es un acto empobrecido, una ducha, dice el refrán en EE.UU., con impermeable.

La monogamia, en la cual no hace falta el preservativo, es una solución perfecta para algunos, o para muchos, pero no la es para todos. Si la fuera, las enfermedades venéreas desaparecerían en una generación. No habría prostitución. No estaría allí en la carretera el Hostal Los Santos con 30 modelos para sus momentos de relax. Aconsejar la monogamia es predicar al mar, o al viento.

Una medida que ofrece una solución parcial a estos dos problemas—la epidemia de enfermedades y, en menor grado, el embarazo accidental—es el teléfono erótico.¹ Y de aquí la presente ponencia. En cuanto a su relación con lo hispano, espero perfilar algo que está llegando y que va a desarrollarse mucho en los años próximos, cuando se rompa el monopolio de la Telefónica. Pero en fin, es lo que puedo ofrecer aquí, se lo propuse a Antonio Cruz y lo aceptó. En cuanto a su relación con literatura, se trata de literatura oral y popular.

Lo primero que quisiera dejar claro es que el teléfono erótico es erótico. Evidentemente no lo es para todo el mundo, igual que

¹Una introducción al tema en lengua castellana se halla en el libro *Línea caliente* de Yolanda García Serrano, Madrid, Temas de Hoy, 1993. En inglés, por una empleada de una línea erótica, *Sweet Talkers*, por Kathleen K., Nueva York, Masquerade Books, 1994.

una revista, un cuadro, un poema o la forma de un cuerpo puede resultar erótico para una persona y no para otra. Hay diferentes gustos. Pero que una conversación telefónica puede ser erótica para mucha gente está ampliamente documentado en la popularidad que las líneas eróticas comerciales han tenido. Uds. se acordarán de la experiencia de las líneas "903" en España en el año 1992, una experiencia completamente previsible, si se hubiera observado lo que pasó en EE.UU. Alguna gente, y no poca, encontró estas líneas tan gustosas que llamaban repetidas veces, hasta incurrir en gastos que no tenían manera de pagar. Si no se hubieran suprimido estas líneas, estarían funcionando todavía, porque evidentemente hay demanda. Miren los pequeños anuncios en *El País* u otros periódicos españoles y encontrarán columnas enteras de anuncios de líneas eróticas. Estos anuncios están pagados con el lucro de dichas líneas.

El erotismo, entonces, puede comunicarse por la palabra. A mí no me sorprende. Y las palabras se comunican mejor de viva voz que en la página impresa. Se dice mucho que los dramas de radio eran mucho más emocionantes que los programas de televisión. Fue el mismo Marqués de Sade, en la introducción a los *Ciento veinte días de Sodoma*, quien observó que según "los libertinos declarados", las sensaciones transmitidas por el oído son las más intensas. Y su libro es una colección de historias contadas a viva voz.

Un amante en persona es preferible, al menos en teoría. Pero el teléfono ofrece muchas ventajas. Se está en la propia casa, sin necesidad de bañarse, vestirse y acaso salir en el coche. Es accesible desde cualquier pueblecito, y disponible a cualquier hora. No es necesario ser guapo, y los viejos e incluso los deformados pueden participar plenamente. Uno de los primeros servicios telefónico-sexuales fue fundado por un ciego.

Por el habla mejor que por la vista, uno llega a concluir que es centro de la atención del compañero o la compañera. No hay pausas, no se calla. La comunicación puede ser muy intensa. Se discute con franqueza los gustos. Muchas veces se está en un anonimato, la otra persona no conoce quién es, ni tiene manera de saberlo, lo cual quita un motivo para la reticencia.

Telefónicamente, uno puede tener cuántos o cuántas amantes

quiera. No hay riesgo de enfermedad venérea, un riesgo mucho más elevado en los EE.UU. que en España, ni de embarazo. No es necesario el uso del condón, aborrecido por la mayoría de los varones, pero exigido—correctamente—por las mujeres para cualquier encuentro nuevo. Se puede fácilmente llegar a extremos de morbo imposibles en persona.

Para el sexólogo, el teléfono erótico ofrece la oportunidad de documentar y estudiar un uso sexual nuevo, nacido y criado aquí delante de nuestros ojos. No podemos, por ejemplo, escribir la historia del sexo oral. Sus orígenes están perdidos en las tinieblas de la prehistoria. No conocemos cómo se desarrolló la sodomía o la masturbación. Incluso la historia de un invento tan moderno como el condón está lleno de misterios.² Pero aquí sí hay algo actual que podemos historiar, igual que investigadores han estudiado la épica yugoeslava, viva hasta el siglo veinte, para sacar de ella conclusiones sobre la griega o la castellana.

No es de sorprender que el teléfono se haya adaptado para fines eróticos. Los seres humanos estamos tan atormentados por nuestro erotismo no cíclico, como lo es el de todos demás mamíferos, que cualquier invento aprovechable lo usamos para erotizarnos. Cuando se inventó el daguerrotipo, poco tiempo después se comenzó a hacer fotos pornográficas, y cuando se progresó al cine, las pornográficas están entre las películas más antiguas. Cuando el coche llegó a ser objeto de consumo masivo, era—¿quién lo hubiera imaginado?—la alcoba portátil, como fue llamado en EE.UU. Claro que eran coches de turismo mayores que los Seat 600, aunque he entendido que también se ha empleado el 600 para este fin.

El teléfono erótico no es tan antiguo como el teléfono. Los primeros teléfonos funcionaban a través de operadora, de central, y las operadoras podían fácilmente escuchar las conversaciones, y consta que lo hacían mucho. No es anterior a la introducción de las centrales automáticas en los años 20, y realmente depende de las conferencias sin operadora, introducidas hacia 1960 en EE.UU. y en España unos diez años más tarde. Las primeras comunicaciones

² William E. Kruck, *Looking for Dr. Condom*, University, Alabama, University of Alabama Press, 1981.

eróticas por teléfono sin duda eran las de amantes separados, sobre todo de esposos que viajaban por negocios.

Pero esto uso estaba poco desarrollado. Para el nacimiento del teléfono erótico en gran escala es necesario el capitalismo y la introducción de nuevos métodos de pago, primero por tarjeta de crédito—solemos olvidarnos de lo modernas que son—y después por la misma compañía telefónica. Éste ha sido siempre, y es todavía, el gran problema del sexo telefónico comercial: la tramitación del cobro.

Ahora voy a apartarme de generalidades y bosquejarles la historia del teléfono erótico. Me voy a enfocar principalmente en mi país, los EE.UU., pues es allí donde nació y donde en la actualidad está más desarrollado. Deben Uds. tener en cuenta que es un país en el cual el número de líneas telefónicas por habitante es el más alto del mundo, donde uno llama al vecino que está al otro lado de la calle, donde no es nada raro tener en una casa una línea para los niños y otra para los padres, o una para el modem y otra para la voz. Aunque no son los teléfonos más baratos del mundo—en Kuwait entiendo que el teléfono es gratuito—el uso es muy barato en comparación con las altísimas tarifas españolas. Aunque esto aquí se va a cambiar mucho en los próximos años.

El teléfono erótico en EE.UU. está dividido en dos tipos, el pagado y el gratuito. La enorme mayoría de las llamadas con participación femenina han sido pagadas.

El tipo clásico es el teléfono erótico individual, que tiene ya, según anuncios en viejas revistas, unos veinte años de existencia. Es un tipo de prostitución, y como tal los clientes son exclusivamente masculinos, y los proveedores principalmente femeninos. El precio del servicio es de 30 a 40 dólares (en España se piden 4.000 ptas),³ o para estrellas de porno desde 100 dólares en adelante (muy adelante). La cantidad da derecho a una conversación de hasta 30 minutos. Como los taxistas, ganan más si el cliente llega al destino más rápidamente, así que intentan hacer que

³En Barcelona, hacia 1990, vi que se vendían en sex-shops sobres de “teléfono erótico”, al precio de 1500 ptas. El sobre contenía un número de teléfono y un código. Tal modalidad, al parecer, no ha tenido fortuna, pues no la he vuelto a ver.

el varón corra lo más rápidamente posible. Otro estímulo para la mujer es que la empresa la paga más si el hombre, volviendo a llamar otro día, la pide por su nombre. Como se hacía a menudo antes de la visita al burdel, algunos hombres se masturban antes de llamar.

El precio bastante caro limita a los clientes a las clases acomodadas. Hay una banda de la población que puede pagar, sin pensarlo dos veces, 30 dólares para un contacto telefónico todas las veces que quiera. A veces gastan mucho más. Éstos, evidentemente, son los clientes predilectos.

Este trabajo mujeril está organizado a través de pequeñas empresas que sirven de secretarías. Contestan a los teléfonos y no dan curso a las llamadas frívolas. Cobran del cliente, generalmente por tarjeta de crédito, y pagan un porcentaje—varía mucho, desde el 20 al 50 por ciento o más—a la mujer. Unos servicios tienen cuartos, alguna vez con un decorado bonito, dentro de los cuales trabajan las mujeres. Más comúnmente consiste el servicio en un teléfono en el piso de la propietaria, y las otras trabajan en sus domicilios. Entonces el servicio mantiene la lista de las mujeres disponibles en el momento, y los números de teléfono de ellas, los cuales no se dan nunca a los clientes. También confeccionan y pagan los anuncios, por lo general admitidos sólo por revistas y periódicos de tema sexual. (Choca a un extranjero el ver los anuncios de relax que se publican en los periódicos españoles.)

Las empresas corren el riesgo legal y los posibles gastos de abogados o multas. Parece que en un sentido financiero son completamente normales en su funcionamiento, y que pagan los impuestos vigentes. En los EE.UU. siempre se ha tolerado mejor el negocio que paga impuestos.

Puede haber unas treinta de estas empresas con anuncios en revistas de circulación nacional; un número indeterminado se anuncian exclusivamente en periódicos locales. Hay unos gremios muy nebulosos, representados públicamente por abogados. Existen infranegocios dedicados a servirlos: en la venta de aparatos telefónicos, en la confección y colocación de anuncios y en la ayuda en cobrar de las tarjetas de crédito sin que ni el banco ni la esposa se entere del tipo de compra. (Los bancos en EE.UU. no permiten el uso de sus tarjetas para estos fines, lo que contribuye a la sombra

en que se mantienen estos negocios.)

Están centradas en Nueva York, Los Ángeles y San Francisco, aunque están llegando a otras ciudades grandes. Son un ejemplo de la clásica venta de servicios sexuales en la ciudad a hombres de lugares más pequeños. Las empresas tienen un control muy flojo de calidad: que no hayan habido muchas quejas sobre la trabajadora. Hay empresas especializadas, para travestis (“te queremos”, dice el anuncio), o para los que quieran una ama dominante. Una de las más grandes compañías ha publicado un cuaderno de sesenta páginas con fotos de sus mujeres y comentarios sobre sus preferencias sexuales. Varias venden bragas usadas, grabaciones de audio y vídeo y fotos de las mujeres, quién sabe si genuinas o no. Alguna vez se hacen fotos por encargo, en que aparece una mujer según pide el cliente—con una foto que él mandó, por ejemplo. Todavía no se puede saber si es la mujer en la foto la con quien se habla. Unas de las mujeres son feas, viejas o las dos cosas, realidad que raramente se admite por el teléfono sexual. Varias son lesbianas.

Como con toda prostitución, hay unas mujeres, las menos, que gozan con el cliente, un gozo, claro, vendido y cobrado por anticipado. De éstas, una parte es simpática y inteligente, y lo toma todo como una aventura. Igual que el hombre, puede tener aventuras sin vestirse ni salir de casa. Hay psicólogas, enfermeras, escritoras y otras mujeres profesionales. Los encuentros con las mujeres de esta clase pueden ser espectaculares. Ha habido casos en que a la mujer le ha gustado tanto el cliente que ha pasado a conocerle en persona, que es como tocarle a uno la lotería; pasa poquísimas veces pero a pesar de ello muchos irrazonablemente lo persiguen.

Hay otras que, sin divertirse, aceptan el trabajo por lo que es, tienen un orgullo en él y fingen convincentemente un gusto que no sienten. (Pueden estar fregando los platos mientras hablan.) Intentan aliviar la tensión sexual del cliente y, cuando posible, su neurosis. Llegan a celebrarse, a veces, auténticos psicodramas. La fingida madre, por ejemplo, quita al “hijo” las humillaciones y frustraciones que sufrió como niño y, claro está, le estimula en vez de reprimirle. Acaso es más frecuente la situación inversa, en que la mujer humilla al hombre y hace que la sirva, según el deseo de

éste. Es forma erótica de largo abolengo.

Estos casos son el cenit del sexo telefónico profesional. En cuanto a las demás prostitutas telefónicas, las hay para todos los disgustos: tontas, aburridas, antipáticas, presumidas, resentidas, inhibidas e intoxicadas (de cocaína, alcohol u otras drogas). Muchas no intentan o no consiguen disimular su desprecio para el varón. La pobreza les puede obligar a más encuentros telefónicos de los que desean, y repiten, si pueden, una escena fija con cada cliente. Hay quien lee su texto escrito en fichas. Y se paga igual.

El sexo telefónico se anunciaba, al principio, como dispuesto a todo, que cualquier tema era legítimo, sin tabúes de ninguna clase. Este no sé si reto a los hombres ya aparece menos en los anuncios. Muchas mujeres dejan el trabajo después de unas semanas, espantadas ante la inventiva y la violencia sexual del macho. Una conferencia sin tabúes significa que una tiene que pedir al cliente que la torture, si esto es lo que le viene en gana. Hay, sin duda, muchos clientes torpes y desagradables. Algunos se imaginan actos cada vez más obscenos, para divertirse con el disgusto de la mujer que tiene que aplaudirlos. El hombre que quiere un “coito” sencillo será el favorito.

A menudo se sienten confusas y culpables por tratarse de hombres casados, o de personas de recursos limitados que están gastando cantidades que no pueden, centenares de dólares al mes. Hay hombres que ni quieren conversación sexual, lo que quieren es conversar con una mujer sobre lo que sea, y están dispuestos a pagar porque no conocen camino gratuito para satisfacer su deseo. Otra contribución al cansancio emocional del trabajo es que algunos clientes parecen ser muy buenas personas, más cariñosas y divertidas que sus esposos o amantes, si es que éstos existen. Pero los contactos son de pocos minutos, y la mujer que se deje estimular puede quedar frustrada al final abrupto del breve encuentro.

Conocer a los clientes en persona está rigurosamente prohibido por los negocios que organizan los encuentros, interesados tanto en proteger a la trabajadora como en no dejar que el cliente pagador pase a amante gratuito. Pero la enorme mayoría de las mujeres no quieren ser pagadas sino amadas, y es una tentación frecuente romper la norma y conocer personalmente a un hombre. Saben que los resultados pueden ser desengañosos o incluso desastrosos.

Pero no parece así por el teléfono.

Este tipo de llamada erótica es, como digo, la más antigua. La están reemplazando otros servicios, automatizados, más económicos y por ello más populares. Principalmente son servicios cobrados a través de la factura de teléfono, aunque como las compañías telefónicas son cada vez más reacias, se está pasando a otras modalidades de factura.

La historia y evolución de esta modalidad se puede reconstruir. Comenzó hacia 1983 con los números "976", un prefijo tan famoso en EE.UU. como su derivado, el "903" de España. Se trata de un prefijo establecido por la compañía telefónica para grabaciones cobradas. El interesado puede obtener, a través de su teléfono, datos de interés: los resultados deportivos, valores de la bolsa, carteleras, chistes, detalles de la vida de estrellas de cine; en España hubo discursos de Franco, todo ello cambiado a menudo y pagado a través de la cuenta mensual de teléfono. Se cobra típicamente una tarifa única de dos dólares (250 pts) por un mensaje de dos o tres minutos, aunque después, por otro prefijo, se comenzó a cobrar por minuto. La compañía telefónica paga una parte de lo cobrado a la empresa que ha preparado el mensaje grabado. Existen muchos servicios no sexuales.

Una decisión importante del Tribunal Supremo dictó que los que querían vender por este conducto mensajes grabados de contenido sexual tenían derecho a hacerlo. Entonces una estrella de porno retirada, Gloria Leonard, que tenía una revista, montó un servicio de este tipo. Fue una sorpresa, incluso para los dueños de los negocios, la popularidad que resultaron tener las grabaciones pornográficas, que eran, con mucho, los mensajes grabados más populares.

Su popularidad era, por un rato, tema de conversación nacional. En el momento de su máximo desarrollo, hacia 1986 ó 1987, o en España en el año 1992, eran unos servicios muy lucrativos. La cantidad de números cambiaba de un mes a otro, pero muy aproximadamente había unos veinte en California, y otros tantos en Nueva York. Comenzaron a llegar a centros más pequeños como Houston, Detroit, New Orleans y otros, y en Los Angeles había servicios en lengua española.

El contenido de las grabaciones sexuales—me sorprende, ya

que han sido suprimidas, que no se vendan en cassette—era de lo más vulgar y obsceno. La mujer contaba al varón su cachondez y le pedía el coito inmediato. Nada raro era el “sexo” oral, anal u otras variedades más insólitas. Se cambiaba el mensaje diariamente. A menudo se acababa con un número al que llamar para continuar con una conversación en directo.

Aparecieron nuevos aparatos telefónicos, que hacían posibles servicios de mensajes múltiples. Después de marcar el número, se ofrecía al llamador un menú de mensajes, a escoger por botones del teléfono: por el 1 se escogía a una mujer caliente, por el 2 a una que pedía sexo anal, por el 3 a una pareja, por el 4 a dos lesbianas, por el 5 a un hombre y por el 6 a “una sorpresa”. Había varias líneas con grabaciones *gay*, y una lesbiana. También había, de vez en cuando, números por los que comunicaban hasta ocho varones a la vez con una mujer en directo. Éstos han sido enormemente populares, y siendo el “producto” vendido más efímero y por ello difícil de identificar y reprimir legalmente, han escapado en parte la represión de las grabaciones.

Mi recuerdo es que las grabaciones más antiguas, improvisadas, eran más estimulantes que las que venían después. Un día habría una mujer francesa, otra una jamaicana, otra una californiana, otra una tejana. A veces se limitaban a sonidos de coito u orgasmo a lo largo de los dos o tres minutos del mensaje. Desde 1986, muy aproximadamente, comenzaron a aparecer mensajes escritos y leídos: muchas veces con aburrimiento, otras con un entusiasmo razonable y hacia el final con un profesionalismo que parecía ser de actores. Supongo que faltaba gente que todavía quería hacer un mensaje improvisado, después de grabar dos o tres docenas. Eran en cualquier caso difíciles de hacer bien, pues en dos minutos había que pasar desde el principio al clímax, sin pausa y hablando claramente y en voz muy alta.

El éxito de los números 976 era su fracaso, y por eso dije antes que era previsible lo que ha pasado con los números 903 en España. Hubo tantas llamadas desde México que fue cortado el acceso internacional a petición de Teléfonos de México.⁴ Aparecían muchas llamadas en las cuentas telefónicas de negocios. El problema de que

⁴*New York Times*, 25 de agosto de 1987, p. 4.

más se hablaba, sin embargo, era el acceso de menores de edad a las líneas eróticas.

Aunque solía comenzar el mensaje con unas palabras formularias de precaución (“este es un servicio para personas mayores de dieciocho años”), no había un intento serio de excluir a esta clase de clientes. A muchos padres y madres les cayó mal que los niños tuvieran acceso a estos mensajes masturbatorios. (Y a algunas mujeres, que sus maridos.) Hubo casos en que personas menores de edad hacían tantas llamadas que cuando llegaron las cuentas, los padres se hallaron con una deuda de centenares de dólares, que solía cancelar la compañía telefónica la primera vez que un cliente lo pidiera. Hubo también unos casos muy sonados de jóvenes quienes intentaban poner en la práctica lo que oían por el teléfono, y algún caso de violación inspirada por el mensaje. Aunque había tanto contacto de menores con estos servicios, como también con las películas pornográficas, igualmente prohibidas para ellos, que eran muy reducidos los casos de consecuencias negativas.

Sin embargo, eran materia para una represión. En 1988 ciertas compañías, que han dejado de existir, fueron multadas por no excluir a los menores. Las respuestas de las sobrevivientes han sido varias, y han variado mucho de un estado a otro, reflejando las variaciones de costumbres y legislación. Varios estados prohibieron los mensajes sexuales. Las compañías telefónicas en muchos estados—no en todos—se negaron a continuar facturando estos servicios. El mercado nacional desapareció.

Y entonces se habían de buscar nuevas modalidades de cobro. En los estados más liberales las cosas continuaban como antes, y el único cambio era que se ofreció a los usuarios la posibilidad de bloquear el acceso a estas líneas desde la central. Incluso aparecieron nuevos prefijos, con mujeres (u hombres) en vivo cobrando por minuto. (Entonces el servicio tiene un matiz contrario: ganan más si el cliente *no* corre rápidamente.) Algunas empresas han montado su propio mecanismo de cobro a través de tarjetas de crédito o por facturación directa. Otros aparatos han sido mantenidos gratuitamente como un servicio público, éstos *gay* exclusivamente, o como un tipo de propaganda para burdeles o para las líneas tradicionales de 4000 pesetas ya mencionadas.

Sin embargo, voy a detenerme en dos líneas de desarrollo, una

por su curiosidad y la otra porque me parece que tiene más perspectivas de permanencia.

La primera son las llamadas internacionales. En los anuncios breves de *ABC* u otros periódicos se encuentra una larga lista de números de Hong Kong ofreciendo fantasías grabadas de diversos tipos, o contactos en directo. También aparecen allí números de Guyana, y en EE.UU. he visto números de Moldavia, de la República Dominicana, de Suriname y de otros países exóticos.

Por mucho tiempo he quedado confuso por estos anuncios. Alguien los está pagando. Alguien incluso ha viajado a Hong Kong o a Guyana para montar estos aparatos. Sin embargo, no se paga sino la llamada. Esto ¿cómo se explica? Y ¿por qué estos lugares tan remotos? Si fuera simplemente una cuestión de represión en EE.UU., o en España, que se monte el negocio en Holanda, donde no molestaría a nadie, y se acabó.

La respuesta, creo, está en la manera en que las compañías telefónicas se financian las llamadas internacionales. La compañía de origen paga a la compañía de recibo una parte de lo cobrado, que representa el gasto de conexión en el país de destino. En Hong Kong, que es muy pequeño, estos gastos no existen. Este dinero, dividido entre la compañía telefónica de recibo y las empresas que montan los aparatos, costea estos servicios.⁵

Una segunda línea de desarrollo son las conferencias entre clientes o mensajerías. Éstos están representados en España por los números 906. Entonces la empresa deja de vender pornografía oral y se convierte en un intermediario o servicio de introducción. Los clientes pueden conversar entre sí de lo que quieran. Subrayan las empresas en sus anuncios que “se respete la intimidad” y que se puede hablar “con entera libertad”.

Lo que pronto han descubierto los usuarios es que el intermediario sólo hace falta para proteger el anonimato del cliente. Es

⁵“Las líneas ‘party line’ a través del 07 originan facturas de hasta 4 millones”, *El país*, 15 de marzo de 1994, p. 27. Alfredo Varela, de la Unión de Consumidores de España, denuncia el precio carísimo de estas llamadas, y el hecho que estas cantidades vayan al extranjero: “La única solución es contrarrestar el 07 con oferta del 903 y no dejar solas a las empresas extranjeras eliminando a las españolas”.

decir, ¿para qué pagar 70 pesetas el minuto para hablar con fulano o fulana, si le puedo llamar directamente por una fracción de esta cantidad? Pero la protección del anonimato es importante. El facilitar el número de uno a un desconocido puede provocar varios tipos de disgustos, desde llamadas a altas horas de la noche hasta personas que, identificado el número, aparecen en la puerta. (En EE.UU. se publican listas numéricas de abonados de teléfono, con nombre y dirección.)

La solución, que se está implantando, es la protección del anonimato. Hay mensajerías que sólo existen para eso: pasan una llamada directa a las horas que el cliente indique, sin comprometer su identidad. O hay otra medida que usan algunos, que es el instalar una segunda línea de teléfono nada más que para fines eróticos, desenchufada en las horas que no interesa y con el número fuera de directorio. Hay, en efecto, un número de varones (sólo varones, hasta ahora) que publican sus números de teléfono en revistas de contacto, ofreciendo un servicio telefónico gratuito a cualquiera.

Hace unos treinta años hubo una novela de ciencia-ficción de Isaac Asimov, en la cual los habitantes de un mundo poco poblado tenían contacto entre sí principalmente por un video-teléfono. A través de este medio no había pudor. En cambio, ver a la pareja en persona y hacer el amor de cuerpo a cuerpo era un deber, para crear hijos, pero un poco sucio y mal visto.

Creo que estamos ya en el camino de llegar a algo de este mundo. En cuanto aumente el uso del teléfono y su papel en nuestras vidas crezca, como inevitablemente va a continuar creciendo, se usará más para fines eróticos. Es cómodo además de erótico, y responde a unas necesidades de aventura y gusto que son difíciles o peligrosas de satisfacer por un contacto directo. El videófono, si es que lo queremos—yo no lo quiero—llama a la puerta.

El teléfono erótico, en suma, ofrece un servicio limpio, sano y cómodo. Es evidentemente gustoso, al menos para algunos: la promiscuidad y el cambio de parejas, que responden a algún deseo biológico, en aquel ambiente se pueden admitir sin riesgo ni compromiso. Dado el previsible y hasta inevitable incremento del uso del teléfono, muy buscado y fomentado por las empresas

telefónicas que no son estatales, es igualmente previsible un mayor papel del teléfono erótico en las costumbres amorosas del país, tanto en España como en EE.UU. Pero es necesario resolver dos problemas: un mecanismo económico de cobro—es muy ineficiente y costoso llamar a Hong Kong para algo que se podría hacer muy bien dentro de España—y una protección de la identidad de los participantes.